

El precio de una estabilidad política

LOS números electorales no le salían al PSOE tras los comicios de 1993. Y sabido es que ha tenido que buscar aliados, con los que poder salvar el escollo de una falta de confianza en el Congreso.

De manera expresa la ha prestado fuera de dicha Cámara CiU. De forma más callada, también el PNV. Ambos han sostenido la política parlamentaria socialista en estos tres últimos meses, precisamente cuando estallaba la mayor concentración de escándalos políticos y financieros.

Y si se supone —por la esencia misma de las cosas— que en momentos de tal índole se agudiza la debilidad del Gobierno, cabe honestamente preguntarse qué precio estaremos pagando todos por esa estabilidad política.

*Para empezar, es más que posible que los nacionalistas pasen factura al Ejecutivo por dicho apoyo. Cierto es que todas las declaraciones dan a entender que sólo se persigue precisamente la estabilidad, si bien se añade que ésta es **conditio sine qua non** para el relanzamiento económico.*

La salida de la crisis es, así, el auténtico motivo último de la colaboración postelectoral entre los grupos socialista y

*catalán. Y ello parece hasta saludable. Pero mucho nos tememos que de esta forma se produce una cierta **parálisis** para otras muchas cuestiones.*

Desde luego, no se aborda ni una sola que pudiera, aun de lejos, molestar o afectar a los nacionalistas. Nos consta, así, que en algún ministerio hay instrucciones concretas de no plantear recursos de inconstitucionalidad o cuestiones de competencia contra normas que provengan de la Generalitat.

Ésta, además, tiene al parecer conseguido en su favor un acuerdo muy beneficioso en materia de costas; y se le han transferido recientemente competencias relevantes relativas a funcionarios judiciales y servicio de salud, amén de gozar de la administración directa de los fondos de cohesión provenientes de la Unión Europea.

LO más preocupante es que, fuera de ese intento de proteger tal embrión de reactivación económica, no existe auténtica dirección política; no se toman medidas o iniciativas que respondan a un programa previo, que por pura lógica debería estar pactado entre las dos fuerzas que se apoyan parlamentariamente.

*Más bien parece que se esté a la espera de que **escampe y pase el temporal.** Pues bien, esa situación (aunque no hubiera ninguna otra contraprestación en favor del grupo catalán) resulta sin duda un excesivo precio, al deformar las instituciones (vivimos un parlamentarismo ficticio, de confianzas apócrifas) y paralizar la vida política. Debe, además, pensarse que el resultado de las próximas elecciones, municipales y autonómicas, va a tener un enorme influjo en el juego de coaliciones y apoyos.*

Y quienes sostienen hoy al gobierno acaso tendrán que pagar —en esos comicios y en el momento posterior al saberse los resultados— el haber contribuido a ese anquilosamiento nacional. Aunque bien pudiera ser que el «seny» catalán lo tuviese todo previsto.

Su estrategia sería celebrar elecciones propias antes de las

generales y salvarse así de la quema de haber apoyado a un partido perdedor. Y luego podría —si los números postelectorales tampoco le salen bien al PP— pactar con un nuevo ganador. Pero esta política, lícita sin duda desde la perspectiva catalana, tiene a nuestro entender un excesivo precio a escala nacional.

Concilio en Cataluña

CON el unísono

repique de los seiscientos campanarios de las 2.600 iglesias diseminadas por Cataluña, a finales de enero se inauguró en la catedral de Tarragona un Concilio de las ocho diócesis catalanas (las de la Provincia Tarraconense y la archidiócesis de Barcelona, con entidad propia desde 1964). Con un historial de ciento sesenta concilios desde el 516 hasta el 1757, hacía 238 años que se había interrumpido la tradición conciliar de la Provincia eclesiástica tarraconense. A las espaldas de este encuentro eclesial en la cumbre hay tres años de preparación remota, ya que puede considerarse como su fecha inspiradora la del IV Centenario del monasterio de Montserrat (febrero, 1992), cuando los obispos allí reunidos proclamaron solemnemente «la urgencia de evangelizar a nuestros contemporáneos». Aunque la convocatoria oficial se hizo en el Adviento del mismo año 92, con motivo del IX Centenario de la restauración de la sede metropolitana tarraconense. La preparación más inmediata ha durado dos